



¡No hay que exagerar!

I

A LOS DOCE AÑOS

—D. Simplicio ¿y el muchacho?

—No me diga usted nada del muchacho. Estoy encantado. ¡Qué chico tan listo! Se pasmería usted; no rego libro que no aprenda. Su maestro está loco. Dice que es una alhaja; y como uno al fin es padre, se le cas la baba.

—Supongo que procurará usted darle una buena educación.

—No faltaba más. ¡mucho que sí! Mire usted, aún no ha cumplido trece años y ya le he puesto seis profesores.

—¡Atíza!

—Sí señor; lo que usted oye: seis profesores; uno de Matemáticas, otro de francés, otro de música, otro de equitación, otro de esgrima, otro de baile, y otro de...

—¡Ave Maria purísima! ¿Dónde va usted a parar, D. Simplicio? ¿es decir, que a estas horas el muchacho de usted canta, baila, monta, cuenta, y además habla para que no le entienda usted? No me parece mal pero vamos al caso; ¿qué tal anda de doctrina cristiana?

—¿Qué cosas tiene usted, tío Matracal! Ya se supone que eso lo aprenden los niños en la escuela.

—¡Ah! ¿Con qué ya se supone? ¿Es decir, que usted supone que cuando niño le enseñarían la doctrina como podrían enseñarsela a un papagayo, con lo cual usted se da por satisfecho, y aquí paz y después gloria.

—¡Vaya, hombre no hay que exagerar ciertas cosas!

—Sí ya entiendo; no hay que exagerar la doctrina cristiana, aunque se exagere todo lo demás ¿no es este? Pues nada, señor D. Simplicio; el tiempo que es buen maestro, ya nos

dirá cómo están las verdaderas exageraciones.

II

A LOS VEINTE AÑOS

—D. Simplicio, ¿le ha escrito a usted el muchacho?

—No señor; hace tiempo que no me ha escrito, pero supongo estará burso.

—Pues suponer es, porque bien pudiera estar malo.

—¿Acaso sabe usted algo?

—De su salud nada de particular; pero de su conducta... alguna cosilla.

—¡Hombre... respíro!

—¡Ah! ¿Con qué respira usted porque no está enfermo del cuerpo, y se queda usted tranquilo aunque lo esté del alma?

—¡Hombre, no digo tanto!

—Pues adviérte a usted que me escribe un amigo diciéndome de él cosas muy graves. Su hijo de usted no duerme una noche en su casa; para el tiempo en los cafés y en otros sitios paeros; habla de religión como un salvaje; lleva una vida relajada; frecuenta el trato de gentes impías; en una palabra, que si no es ya un perdido de remate, está muy cerca de serlo.

—¡Caramba con el muchacho! Pues diga usted si le doy consejos. ¡Pepe, a los libros—le digo,—dejate ahora de tonterías, que ya tendrás tiempo de divertirte!

—¡Ah! ¿Con qué a todo eso le llama V. divertirse?

—Hombre, entiéndame usted. ¡No hay que exagerar tanto! A los muchachos conviene entenderlos y no hacer demasiado caso de sus cosas. Eso sí, yo quiero que mi hijo estudie. Lo primero es antes. El hombre sin carrera no es hombre.

—Y el hombre sin religión ¿qué es?

—Le diré a usted...

—No, quien dirá soy yo. El hombre sin religión es una fiara que acata por deberse a sí mismo, después de haber dañado mucho a los demás.

—¡Caramba, tío Matracal; siempre va usted a parar al hoyo! Yo no digo que no haya uno de tener religión, pero quisiera que no se dehen exagerar tanto esas ideas. El muchacho sabe ya dónde le aprieta el zapato; es ya un hombre. Y... ¡si viera usted qué artículos escribiera!

—¡Ah! Con qué escribe artículos?

—Sí, señor; en *El Despellejador*, un periódico de las más vanguardias. Ha poco escribió uno magnífico sobre la educación libre de la mujer.

—Buenas andarán las mujeres que él educa!

—¡Pues mire usted, ha gustado machísimo!

III

SEIS MESES DESPUES

—¡Tío Matracal de mi vida!!!

—D. Simplicio de mi alma. ¿qué le pasa a usted?

—¡Una cosa terrible, una cosa horrible! ¡Mi hijo se ha suicidado!

—¿Qué está usted diciendo?

—Lo que usted oye. ¡Hijo de mi vida! ¡Ya no existe! ¡Lo he perdido para siempre! Mire usted que carta:

Querido papá Siento darte un disgusto, pero no hay más remedio. Estoy enfermo, entrapado, aburrido, y no quiero vivir más.

Quizá debí descubrirte antes mi situación.

Pero ¿qué remedio podrías darme tú Ninguno. Me hubieras llenado de consejos la cabeza, y lo que yo necesitaba era llenar mi corazón, cosa que jamás he conseguido.

Si, debo declarártelo francamente; no creo ni puedo creer en nada. Estoy convencido de que todo es mentira, y quizá esto me hace más desgraciado.

¿Qué significa esta ansia de mi corazón, que jamás he logrado calmar?

No lo sé

Sólo sé una cosa cierta y positiva: que vivo entre tinieblas y dolores y

para vivir así, prefiero quitarme la existencia.

¡Ojalá no me la hubieras dado nunca!

¡Adios! Olvida para siempre a tu hijo,

PEPE

—¡Para siempre! ¡Para siempre!
¡Hijo de mi corazón! Qué cosa más terrible, más espantosa, más atroz.

—Sí, señor, D. Simplicio, muy espantosa, muy terrible; pero vamos... no hay que exagerar!

Adolfo CLAVARANA

Pensamiento

Positivismos en la filosofía, positivismo en la política, positivismo en la religión, positivismo en la vida privada, positivismo en la vida pública; he aquí una exageración de que nadie se queja y sin embargo es la enfermedad que acabará por matarnos si no cambiamos resueltamente de tratamiento levantando algo más los ojos al cielo y fijándolos algo menos en la tierra.

Y este pensamiento tiene en los momentos actuales singularísima oportunidad.

¿Lo ois, lectores?

Reacid ante vuestros deberes de católicos e no exagerar de D. Simplicio y ya vereis donde va a parar el muchacho.

A la puerta está llamada la barbarie económica, la barbarie religiosa, la barbarie social, intelectual y moral, dispuesta a acabar con lo poco que queda.

La llave tenéis en la mano: no os quejéis si entra, porque vosotros con vuestro miserable positivismo capaz de dar el voto al diablo con tal de salvar un ochavo moruao, le habreis abierto la puerta.

Y entonces ¡ay no solo de vuestros intereses materiales si no quizás hasta de vuestra propia salvación y la de vuestros hijos.

A. C.

EL VALOR

—¡No señor, no conozco el miedo!

—¿Pues ¿quién es usted?—repuso el militar.

—Simplemente un buen cristiano, y desde que ludo lealmente por serlo, nada me infunde temor, cuanto

más teniendo la conciencia tranquila.

—Compañero ¡que fi mal!

—Si el riesgo es extraordinario y la inquietud asoma, un momento de reflexión la disipa sin falta. El Dios a quien adoro es Omnipotente, la muerte le está sujeta, y no hubiera podido yo llegar al actual momento, si la Providencia divina no me hubiera guardado la vida, mediante una cadena maravillosa de milagros.

—Eso es fatalismo puro. Lo mismo dicen los mohometanos.

—Con la diferencia de que los mohometanos obedecen a un destino estúpido y ciego, y nosotros, los cristianos, creemos en un Dios sabranamente bueno y sabio. Una pregunta, señor oficial.

—Diga usted.

—¿Qué es el valor?

—El valor... el valor... Yo no atinaré a definirlo en una palabra, ni en una frase, pero he conocido a muchos valientes y presenciado muchos actos de valor.

Tanto más difícil le será pues...

—El valor... es la fuerza, es la ambición, es la cólera, es la brutalidad, es a veces el aguardiente, es la vanidad, es la desesperación, es el mismo miedo y es también... el valor mismo.

—De manera que a un hombre que no afronta el peligro por inclinación natural, pero que una vez puesto en él, no huye y cumple como bueno, confiado en que Dios ha de defenderle y servirle de escudo, a ese hombre que no necesita ni de la ambición, ni de la vanidad, ni de la ira, ni de la embriaguez para portarse bizarramente ¿le reputaría V. por valiente?

—Sin duda.

—¿Y que sería si ese hombre en lugar de limitarse a no buscar el peligro, fuese a su encuentro por obediencia y en cumplimiento de un deber?

—¡Valentísimo!

—¿Y si una vez cumplido tan difícil deber, mi hombre supiese hallar consuelo en la derrota, soportar tranquilamente su afrenta y su desgracia, y alegando que Dios lo

ha querido así y que es infinitamente justo, acababa bendiciendo la santísima voluntad de Dios?

—Ese sería valor de primera clase, valor admirable, verdadero valor.

—¿Y conoce usted, señor oficial, muchos nombres que tengan ese valor?

—No, francamente.

—Pues bien: yo le aseguro que de cada diez católicos, hombres o mujeres, hallará V. por lo menos, nueve que posean ese último valor, pero a condición que los vaya V. a elegir entre los que no se desdían de rezar Padre nuestro y son fieles a sus deberes de cristianos.

El diálogo anterior es histórico. Los interlocutores eran un oficial del ejército francés y el eminente escritor Luis Veuillot, (que profesaba gran admiración al pueblo español), y que aseguraba, que era militar buen cristiano, e parecía una de las formas ideales de la magestad humana.

ALEGRÍA

Dice un moderno autor, que la alegría es a la vida lo que el aceite a la lámpara. Cuando el aceite empieza a faltar, la torcida se consume, esparciendo un negro vapor, con un resplandor rojizo que no alumbr.

La vida sin un poco de alegría, gástase también sin resultados, esparciendo el abatimiento y tristeza.

Los santos son la gente más alegre. Pero nosotros en general tratamos a Dios, dice un escritor como a un conocido a quien de lejos se le saluda... y apenas.

El, sin embargo, es la fuente de la alegría.

Si cada mañana mediante una breve y confiada oración, abriésemos filialmente el corazón a Dios para que él infunda su claridad y su alegría, a la manera que abrimos las ventanas para que penetre el sol y la ventilación, otro gallo nos cantaría, como dicen, y otro humor gastaríamos.

Y cierto, que vivir a oscuras, como almas arrinconadas (es palabra

de Santa Teresa), debe ser duro de llevar.

Somos de la opinión de aquel artesano que decía:

—Si no cantara yo, no podría dar salida a todo el trabajo que tengo.

La alegría hace activos y diligentes.

CASOS Y COSAS

La Conferencia hispano-francesa

Siguen los delegados de España y Francia sus tareas para coordinar los esfuerzos de ambas naciones a fin de dar pronta cima al árduo problema de Marruecos.

Parece que las negociaciones van por buen camino y son cada día más armónicas las relaciones de las dos partes.

Ojalá que terminen bien y presto.

Un periódico inglés ha puesto el siguiente comentario al interés puesto por Francia en entablar estas negociaciones.

Dice la prensa francesa—había el periódico inglés—que España debe apoyar a Francia y colaborar en esta empresa de castigo a los rifeños, porque se trata de la causa de la civilización atacada por el bárbaro Abi-el-Kaim; pero ¿es que cuando era atacada España no peligraba la civilización?

¡Y es verdad!

Como es verdad que si entonces Francia hubiera colaborado con España, nada más que persiguiendo el contrabando y el avituallamiento de los rifeños ahora no se hubiera derramado tanta sangre de franceses.

Nuestros amigos de allende el Pirineo han querido jugar con fuego y se han quemado las manos.

España entera al pensar en esa conferencia piensa de seguida en Tánger.

¡Tánger!

Ese es el problema capital para los españoles.

Tánger es una cañía enclavada en el protectorado español; Tánger es el

requisito por donde se caían las armas destinadas a los rifeños; Tánger es su centro frente los enemigos de España que lea ponerse en contacto con los extranjeros y celebrar con ellos contratos y convenir planes...

Mientras no se aclare el asunto de Tánger de manera satisfactoria para España, no se habrá realizado la obra de más provecho para la patria.

En el país de los bolcheviques

Los bolcheviques han resuelto que las religiones son el opio de los pueblos.

Y se han dedicado a predicar contra el opio.

Los delegados de los soviets dicen a los campesinos, a la vez que les cobran los impuestos, ¡no hay Dios.

Habrán que ver la cara que oadrán los aldeanos cuando después de haberles limpiado la bolsa les digan por todo consuelo y esperanza que no hay Dios.

—Pues si Dios no nos libra de tanto bruto ¿quién nos librará? exclamarán ellos. ¡Pobre aldeano ruso! él había soñado, al caer la tiranía de los zares, que les obligaban a pagar y a tener a la capital rusa como a la Roma Santa, que se había acabado la tiranía; que ahora vivirían felices, llenos los graneros del rojo trigo y los bolsillos de hermosos rublos, pero ¡oh desengaño!, los nuevos redentores han sustituido una tiranía por otra peor en que se ven obligados a pagar y a no creer; a tener los bolsillos vacíos y vacíos los graneros y a no poder consolarse mirando hacia arriba a buscar en las alturas la bella esperanza de un porvenir más dichoso.

¡Les han esgañado! ¡Les han robado las realidades de la tierra y las esperanzas del cielo!

A Roma

Continúan llegando peregrinaciones a Roma. España ocupa su puesto de honor entre las naciones católicas.

El Papa, a pesar de su edad, recibe a todos los peregrinos y a todos les habla y para cada pueblo y cada región tiene su palabra oportuna.

Milanes y millones de gentes des-

filan por los Palacios Apostólicos y todos salen de las audiencias pontificias igualmente entusiasmados, igualmente exultando el ánimo.

Es que allí está el sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo: es que allí está la roca incommovible maravillando al mundo por su consistencia, que ha resistido y resiste todas las tempestades y ha sido y es refugio seguro contra el que no han de prevalecer las puertas del infierno.

Mientras todas las glorias humanas se marchitan y secan; mientras todos los poderíos se tambalean y caen hechas añejas allí está el timonel de la Barca de Pedro que ha triunfado del tiempo y de los hombres, venciendo de nuevo en este año santo que resulta más exaltadoro cuanto mayores sea las dificultades que se concitan contra su celebración.

A. Hernán.

La niña y la mariposa

¿No habéis visto alguna vez a una niña, llena de vida y de alegría correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve; torna a ir y torna a volver: sus pies menudos y ágiles trozan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros, como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas casi impalpables del codiciado insecto.

Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

Veinte veces la ha seguido, y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío a muerte: la niña ni se cansa ni cede; la mariposa ni huye ni se deja coger; hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasión, hay furia, hay vértigo.

No es siempre la niña la que busca a la mariposa; muchas veces es la mariposa la que busca a la niña,

Cualquiera, siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, de saltos y de carreras, esta serie de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diría con la sonrisa en los labios:

—Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

—Cierto, dirán cuantos lo escuchan; y sin embargo, puede ser y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que tienen el derecho al otro lado de aquel porque se miran, que semejantes a los hombres, suelen echarse la realidad a la espalda, llevando delante la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquier que caiga en esto podrá decir:

—Ved ahí una mariposa que juega con una niña.

Entretanto la niña sigue invencible, y la mariposa incansable.

Llega al fin un momento que parece decisivo.

La mariposa ha tomado espacio, y elevándose hasta las copas de los árboles se ha perdido entre el follaje oscuro y espeso.

La niña, suspensa, la busca con sus inquietas miradas, y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas como si quisiera sorprenderla.

Sus alas, ya azules, ya carmesíes, relampaguean en la sombra, llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores; se agita temerosa como una llama de nacar, de púrpura y de oro.

La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonriados para decirse así misma: «Esta vez no se me escapa.»

La mariposa llega, la envuelve en una rube de círculos, roza su labio sus nizes, sus mejillas, sus párpados, golpea con sus alas las manos de la niña, y se escapa majestuosamente como si quisiera decir: «¡Estas freacas!»

¡Qué lástima! ¡qué desconsuelo! ¡qué rabia!

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento y las dos se encuentran.

Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y amorosadas como dos mosquetas, la mariposa pasa por entre las manos de la niña como pudiera pasar por entre dos rosas.

Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.

La niña junta sus manos, y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas!

¡qué felicidad!

Aquí está preso, cogido, el objeto de tantos afanes.

No se atreve a separar los dedos, y les aprieta temerosa de que el tesoro se escape.

Diez cabezas más o menos rubias, pero todas móviles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas mareas que han sabido coger tan codiciada cya.

Diez cabezas de niña, esto es, diebetones de rosa que se empiezan a abrir.

Van a ver los matizados colores de sus alas, van a tocar sus bordados de oro, van a examinarla, a besarla a poseerla.

Se toman serias precauciones, para el caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del primero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquier tentativa de evasión.

Cada una de aquellas manos están deseando que el preso se escape, para que sea ella a quien le toque detener al fugitivo.

Al fin la niña empieza a separar poco a poco sus manos fuertemente apretadas; la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece, y las precauciones se doblan: la curiosidad se pinta en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de incompleta inmovilidad; ese silencio y ese reseso que preceden siempre a los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren: una exclamación general resuena en el cerco: la curiosidad desaparece, las manos se bajan las precauciones se abandonan.

La mariposa no es mariposa; aquellas alas no son alas; aquellos colores no son colores; la niña muestra en la suave palma de su menuda mano un gusanillo aplastado, un poco de pelve que apenas brilla a los rayos del sol: nada.

La curiosidad se convierte en descontento, la animación en abandono, la alegría en tristeza.

—¡Qué chasco!

He ahí la vida; ese es el mundo.

MELANCHTÓN

Estando para morir la madre de Melanchton, le llamó y le dijo con solemnidad: «Hijo mío, por su consejo dejé la Iglesia católica para

abrazar la religión de los protestantes; ya voy a comparecer delante de Dios, te conjuro que me digas, sin ocultarme nada, en qué se debo morir.» Melanchton bajó la cabeza y guardó silencio un momento; el amor de hijo luchaba en su pecho contra el orgullo de sectario; mas por fin respondió: «Madre, la doctrina cristiana es más segura.»

(Audin).



de

D. **Adolfo Gavarró**

Edición completa

cuarenta y dos tomos

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 175 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

No se responde de los pagueros certificados.—A los señores libreros, condiciones especiales.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir diez ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos a mes, que se accionan a reparte por sí entre sus criados, colonos operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales.

Media id... 2 » »

Un cuarto id... 1 » »

Un octavo id... 0,50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia a B. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR Bellot 3, Orihuela (Alicante); puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica* Calle de Zorrilla, duplicado.

Imp. La Lectura Popular. ORIHUELA